

Leer, ¿para qué?, de Santiago Alba Rico (Filósofo español contemporáneo)

La necesidad de renovar **una y otra vez** los llamados a la lectura -de promover, estimular y colorear las letras- revela una doble angustia. Los lectores -primera- sentimos los libros amenazados. Los lectores -segunda- nunca encontramos argumentos convincentes a favor de nuestro vicio.

Es verdad que los hombres se han quejado siempre de las inclemencias del tiempo, pero sólo hoy podemos hablar de cambio climático. Es verdad que ya Cicerón se lamentaba de la escasa pasión por la lectura de los jóvenes romanos, pero sólo hoy podemos hablar de un cambio de paradigma. Instrumento de dominio y de liberación, la escritura está en peligro como lugar de construcción y decisión de los destinos humanos.

Algunos datos sumarios: mientras aumenta el número de títulos y las ventas, disminuye el de lectores efectivos. Mientras se mantiene el analfabetismo real en los países pobres, aumenta el analfabetismo funcional en los países ricos. Mientras se multiplican los medios tecnológicos de registro y archivo de la humanidad, flaquea y agoniza la memoria individual de los humanos.

Pocos somos capaces ya de recordar un poema, una canción, una cita de memoria; pocos somos capaces de recordar -como un fuego vivo bajo nuestros pies- los acontecimientos más recientes. La Historia se ha diluido en el instantáneo consumo de imágenes muy intensas, muy neutrales, que no dejan más rastro que el apetito de una imagen nueva: *la mirada se ha convertido en una extensión del sistema digestivo*.

En estas condiciones, los libros no hace falta ni quemarlos: se descatalogan solos a medida que salen de la **imprenta**. En la mitad pobre del mundo son inalcanzables; en la mitad rica *se distinguen ya mal de una chocolatina o de un electrodoméstico*. Si queremos salvarlos -junto a los elefantes, los glaciares y a los niños- habrá, por tanto, que cuestionarse el modelo en su conjunto. Si queremos salvar a Calvino y a García Lorca tendremos que salvar a los elefantes; si queremos salvar *La Iliada* y el *Quijote* tendremos que salvar también los glaciares y a los niños.

Pero, ¿por qué salvar los libros? ¿Para qué leer? Es verdad que la lectura enseña, pero también enseña cosas **erradas** o perjudiciales. La lectura libera, pero también **ata** a prejuicios y **sinsentidos**. La lectura entretiene, pero es más entretenido el sexo, la montaña rusa o la televisión. La lectura hace pensar, pero, ¿quién quiere pensar? La lectura puede cambiar el mundo, pero hoy casi nos conformaríamos con conservarlo. Entonces, ¿para qué leer?

El crítico y escritor George Steiner sostiene que precisamente en esta indeterminación -anfibia entre el bien y el mal- radica la fuerza de la literatura. Es decir, este problema luce una caperuza roja o una barba azul; o se nos presenta “pequeño, **peludo**, suave, tan **blando** por fuera que se diría todo de algodón”; o parece “verde que te quiero verde”; o es “de complexión **recia**, seco de carnes, **enjuto** de rostro, gran madrugador y amigo de la caza”; o ha nacido en Macondo.

La vida, decía Kafka, es un enigma del que hemos olvidado la clave. Los libros, al contrario, son claves -llaves- cuyo enigma no hemos localizado todavía. Las grandes novelas, los grandes relatos, los buenos poemas, dan respuesta a preguntas que aún no nos hemos hecho. La vida es un cuaderno de ejercicios; los vamos haciendo sin saber jamás si hemos dado o no con la solución justa. Frente a ella, los buenos libros proporcionan siempre soluciones justas -precisísimas- a problemas que luego hay que reconocer y plantear. Cada vez que leemos a Leopardi o a Stevenson nos llena la certidumbre maravillosa de haber llegado a alguna parte, aunque no sepamos a dónde, y de haber resuelto alguna **adivinanza**, aunque no sepamos cuál.



Leer es peligroso; empezar es **azaroso**, imprevisible, **incoercible**; terminar es imposible. Hay un cuentecito en el que un sabio oriental trata de concentrar toda la **sabiduría** humana primero en una página, luego en una frase, por fin en una palabra; y acaba por sumirse en el silencio e imponer silencio a todo el mundo. Hay escritores que sueñan con escribir el libro definitivo, el libro después del cual ya no haya que leer más libros. Y están las religiones llamadas del Libro, que consideran que la Biblia o el Corán vuelven ociosos o redundantes los demás libros. A fuerza de imponer la lectura de un solo libro, acabamos por impedir precisamente la lectura. El monoteísmo, el monobibliismo, es el silencio del mundo antes del big-bang de la creación.

La lectura no tiene fin porque se compone de muchos comienzos y sólo podemos comenzar algunos de ellos antes de que nuestra vida termine. No es un proceso, como la acumulación de riqueza, sino una sucesión, sí, de paradas y comienzos (como el recorrido de un tren o la línea de un autobús). Coetzee, Balzac, Roberto Bolaño, Dickens: en todos ellos encontramos por igual la emoción de ese nuevo comienzo contenido en el *había una vez* de los relatos: pueden cambiar una vida concreta en un espacio concreto.

Pero, ¿quién puede querer dedicar su vida -un solo minuto de su vida- a acumular soluciones?, o mejor ¿para qué leer? Se dirá que no tenemos tiempo para la lectura. Tenemos tiempo, en cambio, para ignorarlo durante horas. Tenemos tiempo para fotografiar un millón de veces las Pirámides, pero no para levantar en la playa un castillo de arena; tenemos tiempo para dar la vuelta al mundo en una pantalla, pero no para pelar una patata.

Los libros no quitan sino que dan tiempo, nos devuelven el tiempo; nos devuelven precisamente el tiempo geológico que necesitan las montañas para formarse, los niños para crecer, la lengua para conservar su riqueza, los cuerpos para conocerse. En ese tiempo, mientras, pueden ocurrir cosas terribles. Pero sin ese tiempo, las buenas, las mejores, aquellas de las que dependen la salvación de los elefantes, los niños y los glaciares, son imposibles.

El problema hoy no es el desprecio por la realidad sino el desprecio por el relato. Se puede leer y abandonar a los propios hijos o conquistar a sangre y fuego otro país; se puede leer y colaborar en un genocidio. ¿Cómo va a afectarnos el dolor de los palestinos si no nos afecta el de los liliputienses? ¿Cómo interesarnos por la humanidad si no nos interesamos por los unicornios?

De la misma manera que ningún argumento de un ateo podrá jamás persuadir a un religioso para que use la razón, tampoco ningún argumento a favor de la lectura podrá jamás persuadir a un *fugitivo del tiempo*, disuelto en imágenes intensas, para que lea a Stendhal o a Jack London. Creo que en un mundo menos injusto habría más gente razonable; y creo que en un mundo más lento la lectura tendría aún una oportunidad. Por eso, aunque sea en las catacumbas, tenemos que seguir pronunciando en voz alta los títulos de nuestras obras preferidas. Para salvar a los elefantes, los glaciares y a los niños -si conseguimos salvar a los elefantes, los glaciares y a los niños- estas palabras y estos libros nos serán indispensables.

- 1.- Busca el significado de las palabras en negrita del texto y anótalas en tu cuaderno.
- 2.- Divide el texto en su estructura. ¿De qué argumentos particulares habla?
- 3.- ¿Qué diferencia crees que existe entre el analfabetismo real y el analfabetismo funcional?
- 4.- ¿A qué se refiere Alba Rico con que *la mirada se ha convertido en una extensión del sistema digestivo*?
- 5.- ¿Qué quiere decir el autor con que los libros, en los países occidentales, *distinguen ya mal de una chocolatina o de un electrodoméstico*?
6. El autor afirma que *el monobibliismo es el silencio del mundo antes del big-bang de la creación*. ¿Qué relación crees que tienen los libros con la creación?
- 7.- Explica con tus palabras: *en un mundo menos injusto habría más gente razonable?*

Url de la fuente: <http://www.rebellion.org/noticias/2008/4/66459.pdf>

Actividad adaptada y preparada por Gonzalo Hernández Baptista. Torino. Setiembre 2009.